**Palabras del Dr. Jesús Álvarez de los Cobos, pronunciadas
en representación de los académicos de nuevo ingreso en la
sesión de su recepción el día 15 de junio de 1966**

Sr. Dr. Rafael Moreno Valle, Secretario de Salubridad y Asistencia Pública,
Sr. Dr. Luis Castelazo Ayala, Presidente de la Academia Nacional de Medicina,
Señores del Presidium,
Señoras y señores,
Compañeros:

CUENTA una leyenda china —esa China, que por muchas centurias ha sido cuna de la filosofía universal— que en una ocasión existió en un remoto país un joven que vivía cerca de una alta montaña, en la cima de la cual los dioses habían construido un magnífico castillo de mármol blanco, circundado por bellos y amplísimos jardines que a la par que cubiertos de hermosos y espinosos rosales, escondían una serie de peligrosos abismos a los que fácilmente podría caer quien se distrajera en las bellezas del ambiente, y de hondas y laberínticas cavernas de las que era prácticamente imposible salir sin la ayuda de los mismos dioses.

Para subir a ella había múltiples caminos, la mayoría de los cuales se iniciaban con bellezas sin cuento y cuya proyección se antojaba fácil y llena de aspectos sensitivamente hermosos; sin embargo, pocos metros adelante de su inicio casi todos los que tenían la vista más bella y fácil se estrechaban bruscamente para pasar dentro de una angostura mínima, al borde de precipicios cortados a pico o se montaban verdaderamente sobre rocas lisas y resbalosas que dificultaban extraordinariamente el paso. En ocasiones, feroces bestias, de agudos colmillos y enormes garras se interponían sedientas de sangre al paso del ascendente viajero. Había otros, los de entrada más árida y triste, más largos y a veces tediosos, que presentaban menores dificultades. Los unos, terminaban bruscamente ante un abismo o ante una enorme pared de roca que impedía definitivamente el paso; los otros por el contrario, rodeaban la montaña en infinidad de vueltas en las que se intercalaban de vez en cuando diversidad de caminos por seguir, la mayoría sin señal alguna.

Afortunadamente nunca faltaban en los caminos guías de cabeza blanca y mirada inteligente y comprensiva, que con sus consejos y ejemplos marcaban el camino a seguir para que se lograra la llegada del viajero hasta la cumbre de la montaña.

Muchos caían a los abismos, otros eran detenidos por las fieras salvajes y muchos más se detenían desalentados, por el enorme trabajo a seguir.

Desde pequeño, a través de la leyenda y por sus propios ojos, había logrado vislumbrar la hermosura del palacio y la belleza de sus jardines, pero sobre todo había visto hombres y mujeres de cabezas blancas, circundadas por una corona de laureles y a las que los rayos solares y el reflejo de la nieve y de las flores daban matices de oro y luz y cuya caras graves y sonrientes a la vez, reflejaban la inquietud de la ambición de saber y tranquilidad gratísima del que parcial o totalmente ha logrado la paz interior, patrimonio exclusivo del que arriva a la meta del deber cumplido. Una ansia incontentible de recorrer el camino, una ambición incommensurable, noble y humana, de llegar a la cima deseada y tan lejanamente vista, le alimentaban espiritualmente y soñando con la empresa decidió iniciar el recorrido que lo llevara a la cumbre de la montaña.

Casi de inmediato se encontró, al iniciar su trayecto, con muchos compañeros que movidos por el mismo afán, también lo iniciaban con grandes ambiciones y con muchas ilusiones. Cada uno tomó diferente camino: algunos, deslumbrados por la belleza del principio, tomaron por los más bellos, encontrándose al poco tiempo que tenían que desandar lo andado y volver a comenzar, al interferir en su paso un abismo o una roca infranqueables; otros decidieron ir por aquellos que la información señalaba como los más seguros, aunque largos. Nuestro amigo, aceptando los consejos de sus mayores y de los guías de la montaña, se inició por estos caminos áridos, largos y tediosos; la ascensión fue lenta, múltiples pasos difíciles tuvo que sortear, necesitó tomar diferentes caminos para evitar el encuentro con las fieras y en ocasiones, ayudado por sus guías tuvo que combatirlos.

Pasaron años; el joven creció y al mismo tiempo que su edad y su fortaleza física se incrementaban, su experiencia también lo hizo, alimentándose con los sabios consejos de sus guías y con los hechos que diariamente se le presentaban enfrente. Por fin un día, cansado, con la cabeza pintándose con hilos de nieve, pero satisfecho y contento llegó a la cumbre. Las puertas del palacio de mármol no se abrieron de inmediato; habría de comprobar que su ascenso había sido paulatino y concienzudo, que había llegado por su esfuerzo propio y que los deseos de internarse en el hasta entonces vedado y magnífico edificio aún perduraban activos y dinámicos. La reciedumbre de sus convicciones, su bonhomía y la sinceridad de sus altruistas fines le abrieron las puertas y pudo comprobar la magnificencia de los jardines y lo punzante de las espinas de los rosales, la belle-

za y simplicidad de las estancias y de las cámaras, la brillantez de la luz irradiada por un sol cuyos rayos nunca se interferían por nubarrones o llovizna y que sólo a veces disminuía en su fulgor por cristales opacos que alguna vez un equivocado —como cualquier humano lo pueda ser— intercalaba en los amplios ventanales del castillo.

Ahí vivió; ahí creció, ahí los hilos de plata se convirtieron en manto níveo y ahí satisfizo sus ansias de ambiciones cuando contempló desde la cima el extenso panorama que a sus pies se veía en el valle dominado por la alta montaña. Vio con tristeza las desgracias humanas que por todos lados corroían los bosques y las praderas, pero vio con inmenso placer cómo los hombres de laureadas cabezas y de áureos reflejos, imbuídos ampliamente de amor humano y de caridad divina, dispersaban a los cuatro puntos cardinales todos los conocimientos logrados a través del estudio y del esfuerzo mancomunado, combatiendo incesantemente aquellas desgracias humanas y devolviendo el verdor a los campos, lo cristalino a las aguas, lo diáfano al aire y la plenitud a los bosques.

Sí, ahí su blanca cabellera se vio laureada y los matices dorados por el sol y por las flores adornaron su cabeza; y supo comprender el valer de los que antes que él ahí vivieron y la hermosa labor desarrollada a la que se supo unir con amor y fe profunda. Su sueño de adolescente fructificó y se hizo realidad no obstante los problemas vividos, para desde lo alto de la cima de la montaña bendecir a los dioses que lo dejaron llegar a ella y trabajar por los suyos, moradores del valle que domina. Y trabajó; trabajó incansablemente emulando a sus antecesores, a plena conciencia de su deber y de la responsabilidad adquirida; trabajó hasta que los dioses lo transportaron a la definitiva morada de los escogidos.

*

* *

Compañeros académicos de nuevo ingreso: La montaña que aquel joven viera, soñara y conquistara se asemeja a nuestra hermosa profesión de médicos, dura, y difícil de escalar, cuajada de peligros y grandes sinsabores, a la vez que de hermosas realidades y satisfacciones casi imposible de encontrarse en otras profesiones. Nosotros somos, al inicio de nuestra profesión, el joven inquieto y ambicioso, audaz y decidido, que mirando a lo lejos la hermosura del palacio y atraído por la gravedad de las cabezas blancas matizadas por el estudio y el saber y laureadas por el éxito, no dudó en emprender la accidentada carrera para alcanzar al final la cima en la que se yergue majestuoso y bello el mármreo palacio de los dioses, palacio cumbre de las sanas ambiciones médicas, templo de San Lucas o Esculapio, nuestro máximo organismo colegiado, la Academia Nacional de Medicina.

Al igual que a muchos otros en los 102 años de su existencia, el palacio nos abre sus puertas al considerarnos dignos de formar parte intrínseca de él; la Academia Nacional de Medicina nos recibe honrándonos al considerarnos merecedores de su complacencia, de su altura y de su majestuosa responsabilidad, haciéndonos al mismo tiempo partícipes de su vida misma.

Si compañeros, con la bendición del Dios de cada uno, la ayuda inapreciable e indispensable de nuestros maestros y la comprensión de nuestros amigos, por el esfuerzo individual constante, llegamos hoy a la cumbre de nuestras ambiciones profesionales en nuestra patria, se nos abren las rejas y las puertas del palacio de mármol y sus jardines, y se nos incluye en la gran familia de la Academia Nacional de Medicina.

Qué satisfacción tan grande poder reconocer que no ha sido un azar o un devaneo de la suerte, o la intervención benéfica de un hado, lo que ha determinado nuestro ingreso. Las verjas del jardín y las puertas del palacio se abren sólo para quienes demuestran sus merecimientos, su tesonera actividad por progresar en conocimientos; para los que suben la montaña por los senderos largos, ásperos, tediosos y duros del esfuerzo personal, del estudio y de la fe en el triunfo.

Hemos llegado con la frente alta, la conciencia limpia y el corazón ansioso de dar; hemos llegado siguiendo a nuestros guías y con el deseo impertérrito de imitar el ejemplo de los que nos preceden y recoger sus áureos reflejos y su laureada corona cuando ellos sean recibidos en la eterna mansión de los escogidos por los dioses para ejemplo de todos los médicos y de todos los hombres de corazón puro y humano.

Porque señores, al igual que el héroe de nuestra leyenda, la labor no ha terminado. Ha sido un simple descanso entre los peldaños de nuestro camino. Ahora más que nunca es cuando debemos trabajar intensamente y producir, producir todo aquello que sea el logro de nuestro trabajo para colaborar en la incesante tarea de mejorar a los demás; debemos también nosotros devolver el verdor a los campos, lo cristalino a las aguas, la diafanidad al aire y la plenitud a los bosques; debemos por lo tanto, incrementar constantemente nuestros conocimientos y nuestro trabajo para poder ofrecer a nuestra Patria todo aquello que ayude a mejorar la salud de nuestros hermanos.

Lo mismo el investigador que el clínico o el maestro, deberemos producir incesantemente con esta finalidad.

Pero no es todo, la investigación, la asistencia clínica y la docencia no reditúan lo suficiente si no se hacen acompañar de amor al desvalido, de comprensión a sus defectos y a sus problemas, del deseo imperativo de mejorarlos, en una palabra, si el académico no tiene la aureola, matizada con los luminosos reflejos del humanitarismo.

Qué satisfacción tan grande si se encuentra la comprensión de quien lle-

gando al final del camino agradece sentidamente la labor del médico y del académico; si la dulce mirada de una madre agradecida paga en ella con creces la labor efectuada; si la inocente sonrisa de un niño vuelto a la vida bendice el interés en él depositado. Emulemos a nuestros guías y a nuestros maestros; seamos humanos desde la cumbre de nuestras aspiraciones logradas.

Se puede ser sabio, pero humano; grande, pero humano; y maestro, pero humano.

*

* *

Sr. Dr. Luis Castelazo Ayala: En presencia del Sr. Dr. Rafael Moreno Valle, titular de la Secretaría de Salubridad y Asistencia Pública recoja usted de mis labios el juramento de los compañeros, nuevos académicos a quienes me honro en representar hoy; juramento de fe en México, en la Academia Nacional de Medicina y en nuestros médicos; juramento de trabajo por el bien de nuestros hermanos; juramento de incrementar nuestros conocimientos y de ejercer nuestra misión en la máxima institución togada de nuestra Patria —siempre con amor y siempre con humanitarismo.

Que la Academia a la que hoy llegamos satisfechos de la labor desempeñada, nos reciba con amor y con confianza; confianza de que ahora más que nunca trabajaremos, ya dentro de ella, por el bien de nuestros hermanos. ¡Que así sea!